

Lección Inaugural del año lectivo 2014

UNIVERSIDAD DEL ISTMO

Guatemala, 11 de febrero de 2014

El papel de las humanidades en la Universidad actual

María Ángeles Chesa Pascual

ÍNDICE

- I. El origen de la Universidad y su función social
- II. El significado y la función de las humanidades
- III. Las humanidades y la Universidad en el momento presente

Lección inaugural

Señor Rector, autoridades de la Universidad del Istmo, estimados colegas del claustro académico, queridos alumnos, autoridades de otras Universidades, señoras y señores.

Mis primeras palabras en esta tarde se dirigen a manifestar mi más profunda gratitud hacia las autoridades académicas de la Universidad del Istmo -mi Universidad- que han tenido a bien concederme el honor de estar hoy aquí en este acto, dictando esta lección para la solemne apertura del nuevo curso.

Gratitud también, además de cariño, va de mi parte hacia la Decana de la Facultad de Comunicación y miembro del Consejo Directivo de esta Universidad, Licenciada Carolina de Asturias, por la presentación que acaba de hacer.

Efectivamente, al tema que se me ha asignado para compartir hoy con todos ustedes, he dedicado algunos años de mi vida. De alguna manera, entender el papel de las humanidades en la Universidad no ha sido muy difícil para mí –y espero que tampoco lo sea para ustedes cuando lleguemos al final de esta conferencia– en parte por mi propia trayectoria vital, que me llevó primero a realizar estudios claramente científicos, y a completarlos después con los humanísticos.

Digo completarlos porque en el propio quehacer científico surgen a veces interrogantes que están más allá de la propia Ciencia, y se necesita una aproximación desde otros ángulos para poderlos resolver. Es ésa una necesidad que se experimenta, pero que muchas veces las Universidades actuales no están en condiciones de satisfacer por cómo son sus diseños

curriculares, en los que los cursos humanísticos no están presentes, o no lo están con la profundidad que sería necesaria. Se trata de una carencia que las Universidades van detectando y que efectivamente es bueno pararse a considerar para tratar de paliarla.

Pienso poder afirmar en cambio, que los alumnos de la Universidad del Istmo no necesitarán buscar ese *plus* que complete su formación técnica, porque por el modo en que está diseñado el *pensum* de cada carrera, reciben a lo largo de los años vividos en esta casa de estudios, un adecuado porcentaje de cursos humanísticos, y se trata de que los reciban con toda la riqueza que esas materias llevan consigo.

Vamos a pasar ahora a los temas que afrontaremos juntos en esta tarde.

El primero de ellos,

I. El origen de la Universidad y su función social

¿Cuál es el origen de la Universidad?

La idea de que para el cultivo y la transmisión del saber se requieren personas y lugares especialmente dedicados a esa finalidad, está presente desde la antigüedad. Por lo que se refiere al mundo occidental, podemos recordar la Escuela de Pitágoras, la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles. Ese interés por reunirse y aprender, por hacerse preguntas y buscar respuestas y conexiones, hizo de la Antigua Grecia lo que fue: cuna de gran parte del saber que ahora vivimos todos.

El interés por reunirse, aprender e ir pasando conocimientos de una generación a otra, es uno de los factores determinantes para el nacimiento y desarrollo de la civilización humana.

Al menos en Occidente, decíamos que ya en la antigüedad griega se constituyen los primeros núcleos de estudio. Siglos después, con la llegada del cristianismo, se promueven escuelas para la catequesis y la instrucción teológica. Años después, las abadías y monasterios se van constituyendo como auténticos focos del saber.

El Concilio Lateranense III (1175) y posteriormente el IV (1215) alientan el nacimiento de las escuelas catedralicias como lugares donde se pueda enseñar gratuitamente a clérigos y laicos.

Estas disposiciones, unidas a un despertar del interés por el estudio y facilitado también por la movilidad de los maestros, hace que comiencen a darse concentraciones de estudiantes en Montpellier, Salamanca, Bologna y París, donde se puede aprender Medicina, Leyes, Derecho y Teología, respectivamente: los estudiantes se mueven y van allí donde hay una autoridad que les pueda instruir.

Al inicio, esos estudios mantienen relación con las autoridades eclesiásticas y conservan una condición en gran parte clerical, pero más adelante se empiezan a desarrollar con una lógica diversa. Estudiantes y maestros se reúnen en asociaciones específicas de carácter corporativo, que gozan de privilegios ante las autoridades. El término *Nationes* utilizado al principio para indicar las asociaciones de estudiantes va siendo poco a poco sustituido por el de *Universitas*, para referirse al conjunto de los estudiantes: *Universitas scholarium*.

A mí me gusta recordar que la prestigiosa Universidad de la Sorbona, en París, no debe su nombre a un ilustre profesor, sino a la persona que empezó una residencia para los estudiantes y profesores de la naciente Universidad, en 1257: esa persona se llamaba Robert Sorbon, y de ahí quedó el nombre ya para los siglos siguientes. Esos *Hospitia* o residencias -colegios universitarios, diríamos ahora- tenían mucha fuerza, porque no proporcionaban sólo un lugar donde dormir, sino que eran verdaderos focos culturales, en los que se llevaba también a cabo gran parte de la actividad académica de la Universidad.

Donde más tiempo permaneció pujante ese sistema de vida universitaria, fue en las dos famosas Universidades inglesas, Oxford y Cambridge, donde aún persiste.

En el siglo XIII fueron creadas 14 Universidades en Europa, pero en los inicios del siglo XVI eran ya cerca de 80. Hemos hablado de algunas, podríamos citar también la de Salerno, Florencia, Pisa o Pavía, entre otras, en Italia; Coimbra en Portugal; Cracovia en Polonia, Viena en Austria o Praga en la actual República Checa.

Junto con la de Salamanca, en España empieza también pronto la Universidad de Valladolid y Sevilla. Gracias a la tradición y experiencia que se había acumulado en las tres, se puede entender que rápido se establecieron las primeras Universidades en América: la de Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo (1538), la de México (1551) y la de San Marcos en Lima (1551).

Un siglo después, en 1678, tiene lugar la Fundación de nuestra Universidad de San Carlos de Guatemala.

Pero volviendo a donde estábamos, vemos que desde el inicio, la Universidad es algo más que unas paredes. Las paredes y los espacios son importantes..., nuestras autoridades lo saben y ése es el motivo por el que se están edificando unas instalaciones más amplias en Carretera a El Salvador. Pero para todos resulta claro también que los edificios, siendo importantes, no son lo esencial: son importantes, pero hay algo más importante aún, y es esa voluntad de aprender que distinguía a los primeros universitarios del ya lejano siglo XIII, y a sus primeros maestros.

Por eso también, en algunos lugares, para referirse a toda la comunidad académica se usa el término: *Universitas magistrorum et scholarium*, es decir, comunidad de maestros y alumnos.

Podemos decir que a finales del siglo XIII la Universidad posee ya una configuración propia¹.

En adelante la institución universitaria evoluciona, como es lógico, junto con la sociedad en la que vive: durante el Renacimiento adquiere características propias; los cambios políticos y culturales de la Europa del siglo XVIII producen también efectos en su concepción y en el ordenamiento de sus estudios.

En los siglos XIX y XX, numerosos autores reflexionan de modo específico sobre la Universidad. Nos referimos a von Humboldt, Newman, Jaspers, Maritain, Whitehead, Ortega y Gasset, Guardini, entre otros. Aunque con planteamientos distintos, en general hay confluencia en lo que consideran su fin y misión. Más recientemente encontramos textos valiosísimos de MacIntyre sobre la Universidad. También profesores universitarios que han sido después ampliamente conocidos por todos, por haber sido llamados a la Sede de Pedro, como Juan Pablo II y Benedicto XVI tienen textos inspiradores sobre la Universidad y su función en la sociedad, citaremos alguno de ellos al final.

Coinciden todos prácticamente en considerar la Universidad como esa *Universitas magistrorum et scholarium*, y también como una *Universitas studiorum*, un lugar de diálogo y universalidad del conocimiento.

Los primeros centros de saber griegos ya eran así: baste recordar el escrito que había a la entrada de la Academia platónica “No entre aquí nadie que no sepa geometría”, y desde luego, ni Platón ni su discípulo más aventajado, Aristóteles, pasaron a la historia por los conocimientos de matemáticas, sino por su filosofía. Pero se va viendo que si se quiere adquirir una formación realmente profunda es necesario, por un lado sí hacer parcelas (porque donde no hay división hay confusión, decían los clásicos), pero también buscar la unidad, con una adecuada jerarquía de los saberes. Hay obras maravillosas desde el siglo IV que nos hablan de esa distinción y esa unidad. Recuerdo ahora por ejemplo el *De Trinitate* de Boecio, que fue el primer texto que Sto. Tomás de Aquino comentó y que se piensa que utilizó para ensayar su famoso método, usado después en la gran Suma Teológica que nos legó... Pues bien, en esa pequeña obra de Boecio y en el correspondiente comentario, por cierto inacabado, de Sto. Tomás encontramos una descripción de la jerarquía entre las diferentes ciencias y las interrelaciones entre unas y otras.

Podemos concluir que en una Universidad es necesaria la especialización y lo es también la unidad de los saberes, para no quedar limitada o equiparada a una simple academia técnica. Unidad que, repetimos, no es confusión ni

¹ Un resumen acerca de las raíces históricas de la Universidad y su desarrollo en la cultura occidental se puede encontrar en TANZELLA-NITTI, G., *Passione per la verità e responsabilità del sapere. Un'idea di Università nel magistero di Giovanni Paolo II*, Piemme, Casale Monferrato 1998, Cap. I, pp. 21-55; TANZELLA-NITTI, G. – STRUMIA, A. (a cura di), *Dizionario interdisciplinare di Scienza e Fede. Cultura scientifica, Filosofia e Teologia*, Urbaniana University Press – Città Nuova, Roma 2002, Vol. II, Voz *Università*, Cap. I-III, pp. 1432-1439; VV.AA., *Gran Enciclopedia Rialp*. Vol. 23, Voz *Universidad* (GARCÍA GARRIDO, J. L.), pp. 104-109.

tampoco asimilación de una ciencia en otra, sino respeto de los diferentes planos y saberes, y enriquecimiento mutuo.

Volviendo al ejemplo de los antiguos griegos, decíamos que Platón veía necesario que sus alumnos supieran geometría, y de esa escuela bebió Aristóteles. Definitivamente, la física aristotélico-ptolemaica fue superada por la de Galileo al inicio de la Edad Moderna pero en biología, algunas de sus directrices fueron y siguen siendo valiosas: por ejemplo, a Aristóteles se debe la clásica división de los animales en vertebrados e invertebrados.

Ahora han pasado los siglos, el conocimiento ha crecido mucho, y no es lógico pretender que nuestros profesores tengan un saber enciclopédico ni que nuestros alumnos adquieran un tipo de saber así: no interesa tanto saber muchas cosas, como la apertura hacia el saber.

Dicho en otras palabras, lo que sobre todo se busca en la Universidad del Istmo no es dar una acumulación de conocimientos, sino la apertura y el amor hacia el saber, hacia la verdad: concretado sí en un conjunto de saberes, pero siempre conscientes de que la verdad está más allá. Es posible alcanzar la verdad, pero antes necesitamos recorrer un camino: el camino de la Universidad, el camino del diálogo con otros estudiantes y con los profesores. Ese diálogo real y vivo es fecundo, mucho más que el estudio solitario o el estudio de la mano de Google, aunque en ocasiones sirva mucho también, porque nos acerca fácilmente los conocimientos a nuestro escritorio: pero eso no basta, porque el conocimiento que está en el papel no forma, no deja huella. Deja huella lo que se interioriza, lo que se habla, lo que se expone, lo que se explica a un alumno al que le cuesta más, o lo que me hace ver un compañero más aventajado. Forma eso y forma mucho también la reflexión y después la conversación con el profesor para contrastar y ver si estoy en lo correcto.

Esa apertura a la verdad, ese no quedarse en lo inmediato, ese aprender a ver alrededor es la tarea principal de la Universidad, y ésta es también su principal función social: el dar cada año a la sociedad una nueva leva de jóvenes preparados para conocer mejor y por tanto poder amar más la ciudad en la que viven, la empresa en la que trabajan, el país en el que están y al que servirán.

A veces nos podemos preguntar si la Universidad es o no el lugar del cambio: sí lo es, pero no del cambio inmediato. La Universidad, si quiere mantener su alta función social, ha de huir de las ideologías.

Podemos recordar aquí que una parte de la investigación sobre el papel de la Universidad se llevó a cabo precisamente en Alemania después del desastre europeo y de la destrucción de ese gran país por parte de la ideología nazi: una Universidad no puede estar al servicio de una ideología, sólo puede estar al servicio de la búsqueda de la verdad, de la auténtica ciencia. Ciencia e ideología son palabras contrapuestas:

- La persona que hace ciencia observa la realidad, parte de ella para entenderla, y de ahí vienen sus ideas sobre la realidad.

- La persona que hace ideología se comporta de la manera contraria. Ya tiene una idea, y lee la realidad con el filtro de esa idea y construye sus dogmas, no sobre la realidad “real” sino sobre su idea.

Eso explica que una ideología sea siempre algo compacto, y por eso a veces atrayente, pero también peligroso, rígido y artificial, porque suele tergiversar la realidad, si no se adecúa a su idea.

Aquí podemos traer a colación un ejemplo de la vida de Hegel, filósofo de finales del siglo XVIII y primera parte del XIX (1770-1831) que escribió una tesis en física, sobre el movimiento de los planetas. Cuando la presentó, el tribunal le hizo ver que lo que decía en su trabajo era muy coherente en sí mismo, pero había un problema y era que los planetas no se movían tal como él decía: la respuesta asombrosa de Hegel (seguidor intelectual de Kant y exponente del idealismo absoluto), no fue rectificar, sino objetar al tribunal que su tesis era correcta, y que si los planetas no se movían así, peor para ellos...

Lo que aquí podemos decir no es sólo que Hegel fue poco o nada humilde, sino también que su tesis no sirvió absolutamente de nada, porque no aportó ningún conocimiento real sobre el movimiento “real” de los planetas.

Es interesante esta enseñanza -hablo ahora a los profesores, a mí misma, y también a los alumnos- y velar para no encerrarse en las propias ideas: estar abiertos a las de los demás, estar abiertos sobre todo, a la realidad de las cosas. Ver las cosas con respeto, sabiendo que la verdad está en ellas, no en mí: podrá estar también en mí en la medida en que me acerque a la realidad con humildad y vaya descubriendo cada vez mejor la verdad que encierra.

Esto que acabamos de decir nos facilita entroncar con el siguiente punto que vamos a ver esta tarde, y que se refiere propiamente a las humanidades.

II. El significado y la función de las humanidades

¿Qué son las humanidades?, mi maestro Antonio Millán-Puelles, decía que eran “una especie de *corpus* de ideas unitario, como un conjunto de conocimientos que fundamentalmente tienden a abrir la mente del hombre a la totalidad de la realidad” y que “valen para la conducción u orientación del uso correcto de la libertad humana”².

Abrir la mente del hombre a la totalidad de lo real y poder tener un uso correcto de la libertad.

Los cursos humanísticos que tiene actualmente la Universidad del Istmo para todas las licenciaturas son: Antropología filosófica, Ética general, Ética profesional, Historia de Occidente, Pensamiento Filosófico, Teología, Fundamentos del Orden Social y Emprendimiento y Realidad Nacional. Además, se ofrecen otros como Estrategias del pensamiento, Historia de Guatemala, Historia del Arte, Estética, Literatura, Comunicación, etc., que son más relevantes para una facultad que para otra.

² MILLÁN-PUELLES, A., *Las humanidades y la Universidad*, en “Intus-Legere” 1 (1998) 16-28.

Entre los primeros cursos hay una estrecha relación, y están distribuidos a lo largo de los años que un estudiante está en la Universidad del Istmo, precisamente por esa jerarquía de los saberes de que hablábamos antes.

Podría parecer a veces que esos cursos son muchos, y es real, pero no es fácil quitar alguno cuando sabemos que muchas veces los alumnos no llegan con esa preparación previa, y sobre todo..., no se puede construir la casa por el tejado, o sin cimientos, si queremos dar una formación profunda.

Así, por ejemplo, el lema de la UNIS que tanto gusta y nos gusta, y queremos que día a día sea realidad, ese “saber para servir” no sería posible si no conozco a fondo quiénes son esos demás a quienes tengo que servir: son personas sí, pero ¿qué es la persona?, no es tan fácil.

La Filosofía no quiere hacer difícil lo fácil, pero nos ayuda a darnos cuenta de que a veces podemos pasar por alto, por superficialidad, por no poner atención o por no ver más allá, la dificultad de las cosas.

Hace unos años llegó a mis manos un libro de Robert Spaemann, filósofo alemán, titulado “Personas. Acerca de la distinción entre algo y alguien”.

Puede ser que alguno de nosotros no nos hubiéramos parado antes en esa distinción, y por eso no la viéramos significativa, pero en cambio lo es. Un hombre mayor ¿es persona?, y si además tiene tales limitaciones ¿lo sigue siendo?, y un niño recién nacido ¿lo es?, y si está por nacer ¿lo es también?, pero ¿es persona jurídica?, ¿es persona biológica?, ¿es persona ontológica?, ¿es las tres cosas a la vez?, ¿o desde cuándo cada una?: algunos buscan respuestas en la ciencia, otros no quieren saber qué dice la ciencia porque ya tienen una ideología por la que parten de que no es persona.

A los estudiantes de la UNIS, no se da un sí o un no como respuesta: se tiene todo un curso de **Antropología filosófica**, para profundizar no sólo en qué es la persona, sino quién y cómo es, qué características tiene. Y también quién y cómo soy yo, esa pregunta tan difícil de responder, por tan profunda. “Conócete a ti mismo” ponía en el frontispicio del templo de Apolo en Delfos, en la antigua Grecia, y lograr ese conocimiento no es poca ciencia. Conocerme a mí, a los demás, saber dónde radica su dignidad, porque en función de eso será un atributo que podré aplicar a todos los seres humanos o no.

Siguiendo con los griegos, vemos que Sófocles, en una de sus magistrales tragedias, hace decir al coro de Antígona “Muchas son las cosas misteriosas. Nada tan misterioso como el hombre”. Pero nuevamente, ¿por qué se dice que el hombre es misterioso?, ¿no será por su libertad, que lo hace a veces tan impredecible? Pero así cada vez surgen más interrogantes ¿qué es la libertad?, esa palabra casi mágica que tanto amamos, pero que a veces nos da miedo, porque implica riesgo,... Y también dudamos ¿seguro que el hombre es libre o sólo tenemos la ilusión de la libertad?

Si el hombre es libre se entiende lo que decía Baltasar Gracián, literato del siglo de Oro español (1601-1658): “Visto un león, están vistos todos. Pero visto un hombre, sólo está visto sólo uno, y además mal conocido”. Y sabemos que lo difícil no es sólo conocer bien a los demás: nos cuesta sobre todo conocernos y entendernos a nosotros mismos.

No es fácil adentrarse en esas temáticas pero hay que hacerlo, porque somos personas y estamos rodeados de personas. Habríamos malogrado nuestros estudios universitarios si al terminar supiéramos mucho de cosas externas y fuéramos unos desconocidos para nosotros mismos.

Y esos son temas importantes para el futuro educador, arquitecto, periodista, abogado o economista: para todos los estudiantes porque al fin y al cabo todos, el día de mañana servirán a personas con su trabajo, y para cada persona ha de ir ese respeto, no sólo por educación sino por reconocer su valor, sea quien sea y sea como sea, con más o menos medios, con más o menos preparación, con más o menos dotación física o intelectual.

El peso que se da a la Antropología filosófica se completa con el que se da a la **Ética general**: los egresados de la Universidad del Istmo son buscados en el mundo laboral, sobre todo por su preparación técnica y porque se espera de ellos un buen hacer ético. Pero eso ¿cómo se logra?, nuevamente, no basta decir a un alumno esto sí y esto no, además sería imposible hacerlo con un mínimo de amplitud porque la vida es siempre mucho más rica que las normas. ¿Cómo asegurar que una persona se va a comportar éticamente bien?: con el nivel de seguridad que puede dar todo lo humano, podemos decir que únicamente las virtudes dan buenas garantías. Pero las virtudes teóricas no existen: existen de modo operativo en alguien, o no tienen fuerza.

En el curso de Ética se enseña eso a los alumnos. Y dentro de las virtudes, el papel esencial de la prudencia: muy interesante, porque se encuentra a medio camino entre las virtudes intelectuales y las morales o prácticas. Es la que me dice aquí y ahora qué es bueno desear, qué es bueno hacer y sobre todo, me mueve a hacerlo. El hombre virtuoso no es el que dice teóricamente, como desde fuera, “aquí hace falta actuar con valentía”, sino “aquí voy a actuar con valentía”. O con sinceridad o con magnanimidad, otra virtud maravillosa.

Después de afianzarse en la Ética general, en cada carrera hay un curso de **Ética profesional**, para situarse en el contexto en que cada estudiante estará el día de mañana y que desde luego, es muy distinto para un ingeniero que para un diseñador gráfico o de modas, pero para los tres es clave.

Hace poco me contaban de una agencia de colocación y formación de jóvenes, en la que se realizó una encuesta a directivos de empresa para analizar cuáles eran las causas principales de despido, y así preparar mejor a los jóvenes y asegurarles mayor estabilidad profesional. Los resultados fueron claros: se contrata a una persona por su *curriculum vitae* y se la despide por sus valores, o mejor dicho, se la despide por su falta de valores.

Falta de valores que puede ser: mal carácter, reacciones desproporcionadas, no saber hacerse a los demás, no trabajar en equipo, no comunicar, no tener lealtad con los compañeros o con la institución, etc.

Por eso en la Universidad del Istmo aspiramos a dar esa formación humanística, que va más allá de lo meramente técnico y que prepara a los estudiantes para mejorar como personas y así poder servir mejor a la sociedad.

También decía mi maestro que “una Universidad donde no se cultiven suficientemente los valores humanísticos y filosóficos estará siempre en el riesgo de dar una visión materialista de la vida y del hombre”³. Sabemos que el hombre es materia pero es algo más, y esa visión más amplia de su propia vida y de cuanto le rodea, es precisamente lo que se quiere transmitir a cada estudiante, por medio de la formación humanística.

Pero esa formación no sería completa si se detuviera en la Filosofía y no diera el paso hacia la Teología. No hablaremos ahora de los demás cursos humanísticos, pero sí nos detendremos en la motivación para incluir **Teología** (católica, porque ésta es la identidad de la Universidad del Istmo), dentro del plan de estudios.

El motivo es que una formación intelectual cuya finalidad sea una visión global, anima el deseo y pone en condiciones de descubrir el sentido de las cosas y de abrirse a la verdad, como ya se ha dicho. Y una mente que ha adquirido destreza intelectual para captar las relaciones entre unos saberes y otros, tiene también la posibilidad de integrarlos con el conocimiento que aporta la Fe.

La fe católica no se reduce a un culto religioso o unas costumbres sociales, ni tampoco a un sentimiento, por muy hondo que sea. La fe es sobre todo luz: *Lumen fidei* se llama la primera Encíclica del Papa Francisco. Luz que aporta una explicación más alta, por más luminosa, sobre Dios, el mundo y el hombre. La fe ilumina y permite valorar más la grandeza del hombre y también entender mejor su miseria: nuestra miseria, mi propia debilidad y mi límite.

En la Universidad del Istmo no se dan clases de religión sino propiamente de Teología, después de haber recibido el curso de Antropología filosófica, Ética general y Pensamiento filosófico, ya que las enseñanzas que la fe propone requieren de una formación intelectual previa para poder ser asimiladas.

Así, la búsqueda de la verdad tiene su punto álgido en la apertura a la Verdad revelada. Es muy adecuado que eso se dé en la Universidad, en el contexto y con la solidez y rigor de unos buenos estudios universitarios.

Podemos citar aquí a John Henry Newman, quien afirmaba que gracias a la formación universitaria recibida en Oxford pudo descubrir, a pesar de sus fuertes prejuicios, la coherencia explicativa que ofrecía la fe católica. Y así lo dejó escrito en una carta de 1860, quince años después de su conversión y la de tantos otros que le acompañaron: “Los católicos no nos hicieron católicos, Oxford nos hizo católicos”.

³ MILLÁN-PUELLES, A., *Universidad y sociedad*, Rialp, Madrid 1976, p. 105.

Su caso no está aislado en la historia, también San Agustín encontró a Dios en su apasionada búsqueda de la verdad. Más recientemente podemos recordar a varios pensadores europeos del siglo XX que se acercaron a Edmund Husserl, padre de la fenomenología, buscando una filosofía más fresca y abierta, como Adolf Reinach, Edith Stein, Dietrich von Hildebrand, Roman Ingarden, etc. Ellos buscaban con rectitud la verdad, y acabaron encontrando la verdad y también la Verdad: no porque Husserl les hablara de Dios, sino porque cada hombre es capaz de Dios, y en su camino hacia la verdad, es capaz de aproximarse a la Verdad suprema, a Dios mismo.

III. Las humanidades y la Universidad en el momento presente

Hemos hablado de la Universidad y acabamos de ahondar ahora en la importancia de las humanidades. En esta última parte de la conferencia haremos tres consideraciones finales, teniendo en cuenta el contexto actual. Lo haremos de la mano de autores, seguramente conocidos por todos.

¿Qué ocurre hoy?

1. Es claro que vivimos en una sociedad cambiante donde cada vez más, lo decisivo no es poseer muchos conocimientos, sino ser capaces de innovarlos, lo que tiene mucho que ver con lograr en las personas una capacitación para que puedan llegar a saber más.

Eso lleva a entender la docencia universitaria, no como una transmisión de datos informativos, sino como un “fomento de hábitos intelectuales y prácticos. (...): aprender a pensar con hondura y creatividad, lo cual no es viable sin el cultivo de las humanidades”⁴, como afirmaba hace algunos años el Dr. Alejandro Llano, cuando era Rector de la Universidad de Navarra.

En la Universidad, los profesores no se limitan a dar noticias, sino a enseñar, que es poner esa información en contexto y buscando su fundamento. Eso se puede hacer en los cursos humanísticos, o en algunos cursos más prácticos, impartidos con el enfoque amplio de que venimos hablando.

2. Otra característica es la situación de crisis que con más o menos fuerza a todos afecta. La Universidad no puede estar desvinculada de la sociedad, y menos la Universidad del Istmo, que está concebida como un istmo entre los países de Centroamérica y como un puente entre la academia y la sociedad.

La Universidad es para la sociedad y está para servirla de un modo muy concreto, que no es el de la acción inmediata, sino el de la formación de hombres y mujeres que puedan reconocer los problemas, afrontarlos y encontrar cauces para resolverlos, de la mano de la verdad y el bien.

Y así, para un buen universitario, ningún problema será nunca de color gris o

⁴ LLANO, A., *Propuestas para la nueva educación universitaria en Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*, EIUNSA, Madrid 2003, p. 104.

indiferente: quien ha captado el sentido profundo de las humanidades puede decir como el clásico Terencio, “hombre soy, y nada humano me es ajeno”: a quien tiene interés por la verdad (y eso es lo principal que hemos de transmitir en la Universidad), todo le interesa, y por eso, al encontrarse con un problema se moverá por el interés de encontrar la verdad que pueda resolverlo. Y vivir así el lema de la Universidad del Istmo, “Saber para servir”, en continuidad con el espíritu de San Josemaría, inspirador de esta casa de estudios, quien afirmaba que “la Universidad es el lugar *para prepararse* a dar soluciones a esos problemas; es la casa común, lugar de estudio y de amistad; lugar donde deben *convivir en paz* personas de las diversas tendencias que, en cada momento, sean expresiones del legítimo pluralismo que en la sociedad existe”⁵.

3. El tercer rasgo de la cultura actual que hace especialmente importante el cultivo de las humanidades en la Universidad, es el peligro en que se encuentra la misma noción de verdad, por considerarla a veces un peligro para la libertad.

Aquí conviene recordar que no hay contraposición sino relación entre verdad y libertad: porque conozco la verdad puedo ser libre, porque soy libre puedo dirigirme con espíritu abierto a la búsqueda de la verdad. Y como hemos dicho antes, la verdad se busca mejor, no en soledad, sino en compañía de otros, como señalaba Juan Pablo II: “la verdad hay que perseguirla apasionadamente y vivirla al máximo de la propia capacidad. Esta búsqueda sincera de la verdad lleva no sólo a respetar la búsqueda de los demás, sino también al deseo de buscarla juntos”⁶, con el convencimiento de que así llegaremos más lejos.

Quería terminar con una mención a Benedicto XVI, para recordar que un día como éste, el 11 de febrero del año pasado, anunció su decisión de dejar el ministerio petrino, eso sí, legándonos una riqueza de magisterio y enseñanzas que tardaremos tiempo en asimilar del todo y por eso, todo el agradecimiento que podamos tener hacia su persona, es poco. Escogí unas palabras suyas que se aplican bien a la Universidad del Istmo, que es una Universidad con una clara identidad cristiana, católica. Fueron escritas para un discurso a la Universidad *La Sapienza* de Roma en enero de 2008, y dicen así:

“¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la Universidad? Seguramente no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro”⁷.

⁵ ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN JOSEMARÍA, *La Universidad al servicio de la sociedad en Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1968, 1985¹⁴. n. 76.

⁶ JUAN PABLO II, *Centessimus annus*, n. 46.

⁷ BENEDICTO XVI, *Alocución prevista para el encuentro con la Universidad La Sapienza de Roma*, 17-I-2008.